

---

# **Un Hombre Muy Miserable Llamado Gonzalo**

Juan Cortés de Tolosa

---

**textos.info**

Biblioteca digital abierta

**Texto núm. 4300**

---

**Título:** Un Hombre Muy Miserable Llamado Gonzalo

**Autor:** Juan Cortés de Tolosa

**Etiquetas:** Cuento

---

**Editor:** Edu Robsy

**Fecha de creación:** 7 de abril de 2019

**Fecha de modificación:** 7 de abril de 2019

---

Edita **textos.info**

---

**Maison Carrée**

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

---

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

# Un Hombre Muy Miserable Llamado Gonzalo

Nació Gonçalo en la ciudad de los Camaleones. Fue hijo de otro Gonçalo, presidente en este género de animales, y de doña Aldonça, a quien su marido convirtió en camaleona. Cuyo padre de nuestro Gonçalo meritísimamente ocupó el primer lugar de miserable, tanto que hizo verdad la opinión de Aristóteles cerca de los que son avisados, afirmando no engendrar éstos hijos que lo sean, porque, divertidos en sus negocios o en cosas de ingenio, están en aquel acto tan ocupada la imaginativa que no tiene la materia de que se forman suficiente capacidad para que el hijo sea otro ellos, porque estuvo tan en sí como del efecto se puede entender, pues sacó a luz el inventor de la hambre, que, si en algo no le pareció, fue en ser más miserable que él.

Murió este tal padre de ahíto como los estreñidos de cámaras, haziéndose para ello del ojo la muerte y el tiempo, cansados los dos de un hombre para nada bueno, muy flemático y de aquéllos que aun no responden, encargándoles algún negocio, «harélo, que es camino de mi casa»; cuyo instrumento, en solos quatro días, fue un hartazgo en un combite que un amigo, rezién venido de las Indias, le hizo, porque era cínico en su casa y Epicuro en la agena. Por cuyo medio quedó huérfano Gonçalo de padre y madre, viudo y con quatro hijos que al presente tenía; porque la madre vivió tassadamente el tiempo que en el mundo estuvo. Un criado que sus padres tuvieron, del qual se pudo dezir que si él avía comido su pan que también ella comió el suyo, pues sirviendo en otra parte de escudero la traía la mitad de su ración, con que hazía llevaderos tantos trabajos como de la casa de un avariento se puede entender. La pobre moça se vio en religión tan estrecha, que ni la calçavan ni davan de comer: rindióse haciendo lugar a una María, muger segunda de nuestro Gonçalo, a quien yo conocí.

Fue tan avariento que pudo gozar la preeminencia de la ley ad bestias, porque, determinándose por ella que los hombres excelentes en sus

oficios no puedan padecer pena de muerte salvo en ciertos casos, siendo el más aventajado de todos, era fuerza hablar en su favor. ¿Quién duda sino que avrá quien diga: está bien esso, pero la miseria no es oficio? Sí, es, respondo yo, pues della comía, vestía y calzava él y su casa. Éste fue el inventor de atar el açafrán en un pañito y ponerlo un momento en la olla, el que galopeava el tozino en el hervor della, el que ató los gatos a la hora del comer.

Y porque el retrato de hombre tan insigne es muy justo esté estendido por el mundo, digo que era alto, blanco, muy flaco, los ojos açules y hundidos, y hundidas las sienes, la frente preñada, las narizes grandes con un poyo en medio para los antojos, calvo y macilento, çaço: hombre que no es menester para provocar los desganaos de comer más que ponérsele delante, con lo qual se ahorrauan vinos de agenjos y otras cosas que a tales enfermedades se aplican, porque Gonçalo era hambre, sed y, por su mucha imprudencia, cansancio, no aprovechándose de muchas cosas que sabía acompañadas de buenas letras.

Esto es lo que toca a la persona, y si el vestido del criado dize quien es el señor, el propio que el señor trae encima mejor dirá quien es, particularmente sabiendo no es pobre. ¡O, si acertasse a pintarle! Usava más ordinariamente de una sotanilla por mitad como tierras de pan llevar, los quartos delanteros de vayeta, traseros autem de bocací, cuyo herreruelo jamás tuvo conformidad con su esposa la sotanilla por ser ocho dedos más larga que él, de que no poco corrida estuvo viéndose los pies de fuera, porque era una vieja honesta. Vestido pareció echo en la dotrina. No se quejó el herreruelo que no se le trató con justicia, pues una semana anduvo el un lado sobre el un hombro y otra sobre el otro, pareciendo yzquierdo todo aquel tiempo. Los cuellos destas dos buenas pieças no permitieron gozassen del ayre las abrigadas orejas. El que a la garganta traía, que era o de ruán o de olanda de aroca, dava otros nudos a este enredo: tenía poquitos anchos abiertos con los dedos, que parecía cuello de figura de piedra.

El sombrero era alto, dos o tres dedos de falda, tan ancho de arriba como de abaxo y quebrado de esquinas. Los calçones fueron agora sesenta años de paño de mezcla: ya por su mucha antigüedad no se rompían, como gregüescos de bien, antes, como hebras de bien cozida cezina, se dexavan caer. El jubón fue de tafetán en tiempo de los Reyes Católicos: éste no tenía de jubón más que el fomes peccati, con unos pedazitos de

tafetán, que, visto de leños, por descubrirse los forros blancos, parecía de chicha y navo. De los extremos de çapato y media pondere el piadoso letor: como en razón de la liberalidad de su dueño, considere extremo.

Éste fue el traje de los días de trabajo. El de los de fiesta era mucho más apetitoso para olvidar una melancolía. Gozava entonces de la claridad del día la de terciopelo con quatro dedos de faldilla, más rayda que una muger deshonesto, a quien acompañavan unas calças atacadas que el conde don Perançules hizo para cierto desposorio. Éstas estaban empapeladas todo el tiempo que no se usava dellas. Tenían delante siete o ocho fajas y, en lugar de las que detrás avía de aver, cosida una faldriquera que parecía luna en creciente; largas además, tan sentidas de la sinrazón de tenerlas tanto tiempo en tan trabajoso mundillo que a qualquier ocasionzita se despedían. Como moças gallegas dexávanse caer, que digamos, y tan como moças gallegas se despedían que, así como ellas no se van con las manos en el seno, así éstas se llevavan parte de las entretelas. Bien pudieran los muslos, a tener con que dezir «loro» y otras cosas que los papagayos dizen, pues estaban enxaulados y se podían ver sin que los pocos o a trechos aforros lo tuviessen por mal. El herreruelo, en tiempo que los traemos tan largos que más parecen manteos, aun no los cubría. Las mangas eran de tafetán que doze años antes le vendieron de lance: éstas se ponía con calçador.

El que en casa usava aún era más gracioso que éstos, porque una ropa cachera açul que le sacavan se compró quando la pérdida de España; ésta tenía tantos remiendos echados de cosa vieja de la misma color (porque dezía sí fuessen de nuevo se llevarían tras sí lo restante de la ropa, y así, en lugar de tapar uno, descubrirían muchos) que, si pusiessen en un corral al dueño y a ella, era certíssimo llegar en breve tiempo gran cantidad de dinero.

El vestido de los muchachos bien se podrá entender qual fuesse. Sólo diré que, como les comprava calçones y ropillas de lance, y les venían grandes, por no gastar se lo ponía como lo hubo, de manera que parecían muchachos de ciegos, que siempre van con unas ropillas que pueden servirles de herreruelos. La pobre de la muger tenía una ropa ceñida casi como la de su marido: fue muger de gran memoria, pues se acordó por donde se avía de poner la basquiña. No he visto yo chapines como los suyos, pues por su gran antigüedad, tenían dentro del mismo corcho cascabeles, cuyo color era el de unos guadamecíes ranciosísimos. En

entrando en casa, así él como los demás, se ponían unos bonetes colorados que les cubrían las orejas: todo lo qual, y lo demás que refiriere, vi por un agujerillo que en un desván hize.

Puestos en esta forma salían luego hijos y muger: ellos davan cuenta de lo estudiado y ella allí delante hazía labor. No pecava Gonçalo más que en el modo de disponer las cosas, llevando siempre delante la miseria, cosa que tanto daño le hizo, que lo demás, así se huviessen en otras partes, por su persona. Enseñava y dotrinava sus hijos, y el más travieso con mayor cuydado. Reíase mucho de los padres que, no pudiéndolo sufrir ellos que los engendraron, querían que los sufriese otro: de ay dezía muchas vezes nacer la perdición de tantos.

Ellos sacavan sus libros y él o unas ciruelas o otra qualquier cosa, con lo qual eran premiados si davan buena cuenta o en la nueva lección repetían bien. Dezía ser el premio el ançuelo de la virtud y que tenía por sin duda no passar adelante en ella si él faltasse. ¡Dezía muy bien, pecador de mí! Si, después de cansados, los muchachos no veían algún galardón, otro día se descuydarían: es menester que al trabajo se siga el premio. Muy bueno fuera que, cansados los rapacejos en madrugar y trasnochar, les metiera luego a pleyto el tan devido almuerço. No señor, con justicia procedió en esso Gonçalo: el que sabía bien llevaba almuerço y de presente alguna cosilla de lo que allí estava, y el que no, aunque todos eran sus hijos, no por favor se le dava lo que no merecía.

Bien pudiera escusar su persona del bonete, mas dezía que lo propio que enseñava avía de obrar; y, así él como los demás, si avía de mudar un vidro o un plato de una parte a otra, yvan diziendo, en alta voz: «No se me cayga, no se me cayga.» Dezía padecer pocas vezes el daño el temeroso dél y que, cubiertas las orejas de los muchachos porque no se divirtiesen, era sin duda no quebrar lo que en las manos llevassen. Está esso muy bien, pero vuestra muger, ¿por qué ha de ser comprehendida debaxo de esse precepto? Porque, señor, yo os lo diré: ¿qué nos faltava a los maridos si nos cupiessen en suerte mugeres sin necesidad de ser enseñadas? Antes tenemos mayor trabajo, porque hemos de trabajar en que olviden lo que saben y luego enseñarlas de nuevo.

Leýales gramática, y yo también la oía desde mi agujero, que pocas vezes salía de casa, porque en ella tenía entremés con lo que en el quarto de Gonçalo passava, y comedia con su música con otras dos vezinas que dentro de casa vivían, de quien también brevemente he de hablar. ¡O, qué

tales preceptos les dava de camino! Tal vez sucedió tratar de la amistad, sobre aquello que Cicerón dize: «Mi amigo es otro yo», que les dixo:

—Pues, ¿cómo haremos, hijos, que mi amigo otro yo sea? Mirando primero quien es este amigo o quien ha de ser, advirtiéndolo que no sea mucho más que vosotros, porque entonces os pondréys una carga auestas; seréys feudatarios y nunca cobraréys, serán vuestros amigos estando solos o mientras os ayan menester, y, después, conocidos. De manera que, para que mi amigo sea otro yo, es menester aya ygualdad, que crece entre ellos el amor. Y aunque esto se haga, no luego les avéys de descubrir el pecho, porque el amigo y el vino han de ser anejos.

Otra vez le vino a la mano aquello que Cicerón respondió a un hombre que le traía a la memoria la humildad de su linage, que fue dezir: Yo con mi virtud he dado honra a mis mayores, mas tú la que adquirieron cubriste con tinieblas.

—¡O, qué bien dixo! —repitió algunas vezes—. Mucho mayor es la honra que una persona adquiere por sus partes, que la que por sus padres le dan. Acuérdome que, siendo moço, estuve presente a ciertas pesadumbres que un hombre a otro dezía, entre las quales una dellas fue: «Que aya sabido este hombrezillo de nada averse hecho algo.» Respondióle él con mucha flema: «Que aya sabido este príncipe de algo averse echo nada.» ¡O, qué bien le dixo! Bueno es que los padres dexen a sus hijos todo lo que ellos honestamente pudieren, pero gran gloria es averlo ganado con su virtud y diligencia, sabiendo después guardarlo, que es más que adquirirlo.

Mientras esto se dezía uno de los muchachos llamado Gilillo, el más traviesso y el más necesitado de comer, por tener mayor calor hizo del ojo a una de las ciruelas de tomo y lomo que junto a su padre estaban. Dezíala con los ojos tantas ternezas que, condolida y obligada, por su propia virtud, sin ayuda alguna, se fue llegando a Gil; y, como no pudiesse echarla la mano, la miró con tal efecto y tanta fuerça hizo en meter la respiración adentro que la traxo a sí. Apenas la tuvo en sagrado, quando se le mandó repitiesse los dos lugares que dicho les avía. Gil quiso dissimular su golosina fingiendo un desmayo, mas el cauteloso padre, antes de tomarle el pulso, contó las ciruelas, porque dezía que, para acertar, se avían de echar las cosas a la peor parte, particularmente las de semejante gente: y, como lo averiguasse, fue açotado crudamente Gil.

Preguntava Gonçalo a su muger:

—¿Qué os parece, señora, del traviesso diablillo? No le condenava ella de voluntad, porque era tal su hambre que, a trueco de comerse otra, llevara otros tantos açotes. Gil no los sintió, porque el suavíssimo almívar de la ciruela le olvidava del dolor dellos. Ésta fue consumida sin poner de su parte las muelas el acostumbrado trabajo, que el calor que del estómago subía era suficiente a ello, aun en cosas de mayor consideración; ni el hueso quiso escupir, por tragar algo más.

En esto se hizo hora de comer y pusieron la mesa, acudiendo cada uno al oficio que se le avía encargado. Sentáronse a ella y parecía la tabla de monos que de Flandes viene: todos con sus bonetes y el padre dellos con antojos. No fue oýda ni vista la comida. Él sacó un jarro en que tenía un poco de vino tapado con un paño a manera de bola, que, por averlo tenido algunas vezes tinto y participado dél, parecía bola de jaspe. Ponía nuestro Gonçalo la mano debaxo de la barba para que las migajitas no se le escapassen (no hablaban quando comían), destapava su jarro y bevía lamiendo después la gotilla que en la boca dél havia quedado.

Ya yo estava cayéndome de hambre de ver lo que allí passava. Baxéme a mi quarto, a cuyo pie de escalera estavan dos vezinas que otros ocupavan, la una baylando sin son, sólo con su sombra y la otra hablando con la que baylava sin que la oyesse nada de lo que la dezía. Luego que dellas fuy visto, me cogieron del braço: la una me pidió la ayudasse y la otra me contó un suceso de una su amiga. Por cortesía estuve un poco con ellas, mas, como la necessidad que yo llevaba fuesse inclinada no a baylar ni a oýr qüentos, las pedí licencia. Fuyme y ellas tras mí, baylando la una y hablando la otra.

Yo era recién entrado en aquella casa y, como tal, me admiré de lo que en ella avía, porque, si dixere era comedia y entremés, dixere bien, conocida la casa de Gonçalo y la de mis vezinas. La una traía feria de hablar, hablando en unas partes y llevando de aquéllas que hablar en otra: relatava todo quanto en el mundo avía sucedido desde el principio dél, sabiendo quantos platos comía el gran Turco y como es servido el Preste Juan; la otra tañía y baylava con una harpa. Entréme en mi aposento, mas no por esso me dexaron, ni me dexaran sí sus maridos no vinieran.

Fuéronse con ellos y yo, acabada la comida, me salí a la puerta de la calle, donde fuy acompañado de un buen viejo, escudero de la que baylava.

Éste me preguntó cómo me yva en la casa, ofreciéndoseme en todo lo que le quisiese mandar, y, con poco pie que le di, me contó quien eran sus amos, el ejercicio de su señor y toda la descendencia de su ama; y, llegando a lo del bayle, me dixo cómo su señora la mayor, que santa gloria huviesse, puso su felicidad en enseñar a su hija el harpa, que dançasse, y también a cantar. Luego dixé entre mí: «Bien dize esto con la pesadumbre que ayer avía entre su marido y ella, motejándola de no saber tomar la aguja en la mano.»

—Fue mi señora —me dixo—, y al presente lo es, la muger que mejor bayló, tañó y cantó en España.

(¡Ansí dixé yo!) En efeto conocí la casa y hallé que gastava su hazienda en combites sólo por baylar, y aun que por baylar se casó luego. ¡Considere quán bien empleado estava qualquier castigo en la loca madre! Ara yo no sé para qué es bueno que hulanica sepa tañer y cantar si hulanica no ha de ser monja. ¿No basta los enemigos que consigo trae cada una en su condición y terribles costumbres, sin comprarnos otros? Pues ¡quicá era moça nuestra bayladora! Por su mucha vejez ya no avía en el lugar quien se acordasse averla conocido con dientes. El rostro estava arado con multitud de arrugas, de manera que, para averse de afeytar, considero yo que se pondría el solimán con alfiler, como quien se alcohola. Era fuerça, porque, a no ser ansí, estuviera el fondo dellas de diferente color, de manera que devía de tener echa minuta de las arrugas menores y mayores con alfileres para las unas y para las otras, y, untando el necessario, diría: «Éste vaya a arrugas siete», como los que llevan la comida a los enfermos de los hospitales, que les dizen: «Vuessa merced vaya a camas onze.» Yo me hallé bien con ella, porque, como de la niñez me quedasse noticia de algunas mudanzillas, me las pagava a oro no porque se las enseñasse, sino porque las baylasse con ella.

El marido desta atarantada muger era un muy buen hombre, tanto, que de qualquier cosa próspera o adversa que de otro oyesse dezía: «Alabado sea el Santíssimo Sacramento. Dios lo ha de remediar todo. Él lo dio, Él lo pudo quitar. Sea su nombre bendito.» Exercitava al presente un oficio que, al cabo de algunos días, injustamente le quitó el mismo que se le avía dado. Antes le juzgué por lo que he dicho. Dieron a otro lo que él tenía: dixo tantas cosas de muy gran consideración del que se le quitó y de quien desde entonces le tuvo, que quedé absorto. Preguntéme si era aquél el mismo hombre que pocos días antes fue y halló que no, porque entonces

era rico y al presente se yva haziendo pobre. Está muy bien, quando se camina con próspero viento, dar a Dios muchas gracias, y quando con adverso, no acordarse dél; pues, ven acá hombre, aquello de «Dios lo dio, Dios lo quitó, suyo es todo, sea su nombre bendito», ¿qué se ha hecho? ¡Qué mucho hiziste tú en dar una pechuga a quien te dava la gallina! ¡O, qué bien dixo Terencio: Fácilmente, quando estamos con salud, damos a otros útiles consejos!

También consideré quán mal hazen los hombres poderosos, que, usando bien de los oficios aquéllos a quien los han dado, se los quitan: no ay razón, porque ningún hombre por este ni otro suceso se olvide de lo principal, mas fuera bien no le huvieran dado causa. Ya me parece escucho algún curioso que me pregunta si dexó el exercicio la baylarina. Respóndole que no, porque se puede dezir lo que de los ojos de la melancólica, que llorando nacieron y ansí han de acabar, que baylando nació y ansí ha de acabar.

No me fue tan dañosa ésta como la otra su compañera. Cansóme en breve tiempo, porque, si el hablar huviera de contraer matrimonio con la miseria, la pudieran aver casado con el insigne Gonçalo. Ésta era muger que, con hablar tanto, jamás la impidió al comer: tanto hablava, que se yva secando como los éticos, tanto habló, que se confessava a menudo por hablar, y tanto, que yo no lo sé significar. Era tan flaca que la llamaron la dama buýda, y con tanto extremo que se pudiera dar un ñudo en su cuerpo como con vara de mimbre, y tanto lo era que, si la pusieran por mano de reloj, no impidiera la vista ni aun del uno. Era tanta su flaqueza que, hallando la aldava de su quarto echada por dentro, para saber qué hazía la criada, metió la mano para quitarla por la tronera de la llave; y yo oí a un hombre, que por la calle passava, preguntarla, por estar ella a la puerta, si era casa de tesoro.

—¿Por qué lo dize?

Respondió:

—Porque ay lançón a la puerta.

¡Pobre de mí!, que si le hizo a ella el agravio, a mí se me aumentó el tormento.

Digo, demás desto, que esta dama, o esta geringa, tenía otras quatro

amigas de la misma data, muy pesadas aunque muy flacas. Juntávanse, como otras a merendar, a hablar. El concierto era entre ellas no averse de enojar la una porque la otra no la escuchasse, que, como se juntavan a hablar más que a ser oídas, como quiera que hablassen no les dava cuidado; así que entrava una y tras aquélla otra y luego otra, como los que cantan en fuga, que no porque entre uno sale otro, antes todos se quedan cantando. Vi al marido desta desesperado, porque hablava entre sueños y se le yvan las criadas porque las quebrava la cabeça.

Esto es lo que toca a mis vezinas. Bolvamos a nuestro Gonçalo. Hallaremos que tanto apretó a Gilillo y tanto le fatigó, que se le fue, no como hijo pródigo, antes como hijo podrido: ¡imprudencia grande de hombre que a tal le forçó! Gil no quería casas ni viñas, sino comer, para lo qual buscó una frutera con quien hizo assiento. Allí fue señor de cantidad de ciruelas el que por una tan crudamente fue castigado, rodavan las peras y las camuessas sujetas a su voluntad: hiziera allí de muy buena gana un tabernáculo. Mas dezidme vos, señor Gonçalo, os ruego, ¿por ventura eran compatibles los pequeños premios que a vuestros hijos dávades con los crueles castigos por tan leves causas? Pues, tomaos lo que os vino.

No han de ser los padres verdugos de sus hijos, ni tampoco dexar de castigarlos; ni el amor les ha de vencer de suerte que, por él, los han de poner en estado que no han de permanecer, que es fuerça caer dél o no dar buena cuenta, o perderse el uno y el otro. Lindamente respondió Febo a su hijo Phaetón si perseverara en ello: «Hijo, aunque el amor de padre con tantas veras me incita a hazer vuestro gusto, no es para vos lo que me pedís, ni a vos ni a mí nos está bien.» ¿Y qué resultó de no llevar adelante lo començado? Darle el carro del sol, que era lo que le pedía, y dar con él y consigo en las aguas. En verdad, hombre medio humilde, que te ha de acontecer lo mismo. Si quieres tu hijo cavallero, linda cosa es que le pongas unas alas de cera y que le subas junto al sol: quemárselas ha, te prometo.

Al fin, Gonçalo halló su hijo pregonando con muy lindos passos de garganta la fruta de su nuevo dueño; bolvióle a casa, donde el contento le sacó de madre. Púsose, para que esto se conociesse, el terno rico, salieron las empapeladas. Y para más festejar el hallado perdido, le llevó al rastro, donde se traxo un vientre de carnero mandándole se diesse buena diligencia en llevarle a casa con brevedad, para que se adereçasse

para comer. Junto con eso le dio dineros para que comprase poco más pan que lo acostumbrado, y él, para que el exceso fuese cumplido, se llevó una cabeça de carnero embuelta en una vieja servilleta, que para esse efecto sacó de casa.

Viniendo con ella debaxo de la capa, vio en una tienda no muy lejos del rastro unas ciruelas, de las que se dize satisfacen el desseo del más goloso bellaco. Puso la servilleta sobre una mesa que a la puerta avía para sacar un lienço de la faldriquera y, cayéndose un lado della, quedó como tapada de medio ojo. Cierta alano que de aquellos barrios era cosario, enamorado de la partícula que vio del ojo, se llegó a ver si dezía el paño con lo poco que de la muestra avía visto. Quando Gonçalo diziéndole:

—¡Sal aquí! —le tiró un puntapié, el alano, que era valiente a las derechas, le hizo menos dos faxas de las que se aforravan en papel, con las quales se fue passo a passo.

Luego que Gonçalo vio tan mal heridas las calças de su vida, eligiendo a trueco de bolverlas a cobrar de los dos daños de perderlas o darle laabela el menor, fue tras él mostrándosela y rogándole con ella. A la fe, no era perro de burlas ni menos gran balletero que valiente. Él estava enfadado de que tras él huviesse ydo tanto tiempo; soltó las faxas a sus mismos pies y tiróles segundo bocado. Echó el cuerpo atrás Gonçalo, medroso mas no encogido, que, antes, le estiró más de lo acostumbrado, causa de que una sola cinta que las calças tenían a cargo, por su mucha flaqueça, diesse libertad a las que la fiesta avían de honrar.

Viéndose Gonçalo con grillos, que no podía huyr y que avía soltado las faxas, quiso meter la cabeça dentro dellas y, cogiéndolas en la mano, yrse al portal de enfrente. Fuera así a no ser el perro tan buen tirador que, en la distancia que hubo desde la mano a dexarla caer de ella en ellas, no la cogiesse, y, tan passo a passo como antes avía venido, se bolviesse con una cabeça que llevaba quatro ojos: dos que sacó del rastro y los dos de Gonçalo que con ella yvan. Comióse la y no fue poco afortunado en que se la llevasse, porque, como las calças tuviessen en lugar de aforros de lienço aforros de cuero de ante (que su bisabuelo o abuelo puso en ellas porque fuessen eternas), si el perro se quedara allí, tuviera por cierto estaban aforradas en callos.

En fin, que ya no avía cabeça, ciruelas, ni vientre, porque, yendo con él Gilillo a casa, como del breve tiempo que con la frutera estuvo conociesse

algunos de aquellos muchachos que el mismo menester que el suyo ejercitaban y uno dellos le diese un pescoçon diziéndole:

—Pícaro, ¿qué hazes por acá? ¿Estás con algún bodegonero? —y Gilillo le respondiese a todo y, para mejor poderlo hazer, pusiese detrás de una puerta el esportillo en que llevaba el vientre junto a unas espuestas de basura que aguardaban el carretón que por ellas viene, parece ser que, ocupados los dos muchachos en la lid, llegó el ministro del nuevo oficio pregonando basura a la casa donde las espuestas estaban, entró en ella como tenía de costumbre, por cierto interés que para beber se le señaló, y, cargando con ellas, las vertió en el carro, bolviéndolas a poner vazías en la misma parte que las sacó llenas. Con esto se fue, y llegando Gonçalo al puesto donde se dava la batalla entre los dos campos, que el uno más era desierto y el otro gozava fertilidad de fruta según el tiempo la concedía, los puso en paz sin ofender al contrario de su hijo, porque no supo quien tuviese la culpa y, como no fuese en cosa que tocasse a comer, era Gonçalo muy allegado a la razón.

Le preguntó por el vientre, y diziendo:

—Aquí está, señor—, fue a buscarle a donde le avía puesto. No pareció, causa de que los trabajos passados se le renovassen y empeçassen de nuevo. Afligióse Gilillo y, saliéndole su padre al camino, en atajarle el que quería tomar según los ojos puestos a lo de fuga davan a entender, le contó, para assegurarle, el sucesso de la cabeça y ciruelas. Llevóle a casa.

La pobre de la muger, en quien hazían más labor semejantes trabajos y avía cantado, gorgeándose con su vientre por la ya cercana possessión del que con tan deleytables ansias desseava, hymnos de comer y oyó los dos sucessos, quiso morirse a poder la muerte llegar a quien ya estava con ella. Gonçalo pidió recaudo para adereçar las mal heridas honradoras de la fiesta del perdido recuperado, quando de todo punto perdió la hambrienta muger la esperança de comer. ¡Desafortunada persona, pues, aun aquello que es lícito no se le da y con tantas veras huye della!

Al fin Gonçalo acabó su obra y salió solo de casa, adonde bolvió luego con algunos pedaços de carnero, parte de hígado y parte de baca y la mayor destas dos de macho. Llamó a la que a un rincón llorava muerte tan larga, cuya vida fue en ella como día de Noruega por aver sido lo más un rabioso morir, sin creer se avía de comer aquel día aun lo limitado que se acostumbra en los de atrás, y entonces la vino más y mejor, que es muy

de cosas de la tierra perder la esperanza dellas y venir luego mejores y más (bien se conoce esto, pero mal se pone por ejecución, que es muy de los enamorados del mundo seguirle desfavoreciéndoles él que amar favorecido qualquiera lo haze). Cogió la que el alma tenía en los dientes todo lo que el marido traxo y, lavándolo, le preguntó qué se avía de hazer dello. Mandó se metiesse en una caçuela con arroz y que le llevassen al horno. ¡Sabe Dios si quisiera yrse con ella o dar una escopeta que en casa avía a Gilillo para que la guardasse! Al fin fue y vino con bien, y entonces se levantó del suelo donde tuvo las rodillas hasta que sus ojos la viessen.

Luego que en casa se habló del exceso en la comida, me acogí a mi agujero para verles comer. Púsose la mesa. Vílos a todos con mejor color, alegres los rostros, tan negociados como los que esperavan mejor ración que la acostumbrada. No me maravillo a fee que los árboles y las demás plantas por faltarles el agua, que es su comida, están tan tristes que, en lugar de desmelancolizarnos, nos hazen partícipes de su tristeza. Acabóse la festividad en una caja, que yo tuve por de alaxú por ser de su color y porque sacaron un cuchillo, y la mano de almirez para partir della era de mermelada y tan antigua que sonava en los dientes como turrón de Alicante: ésta se dio aún menos que de pan bendito.

Levantaron los manteles después de dadas gracias y empeçóles a hazer un sermón. Baxárame luego, a no querer enterarme si hablava tan bien de lo divino como de lo humano habló, quando le oygo dezir:

—Hijos, no se vive más que un instante.

El sermón, dixé yo, es sobre la comida de los demás días. Prosiguió diziendo:

—Porque lo que ha passado ya no es de lo que vendrá, no sabéys nada; de suerte que de un instante bien vivido se compone una honesta muerte.

Las comidas de atrás, bolví a dezir, les ha predicado, porque, desde el principio al fin, casi no hubo medio y el sermón a dos palabras dio consigo en la muerte. Con esto me fuy.

No sé si pudo dañar a Gonçalo la fiesta que al perdido se hizo, porque, a trueco de comer, se fuera cada día el suyo. La causa de esta huyda, demás de la necesidad de comer, fue porque unos pobres, que su padre recogía so color de caridad, le davan algunas cosillas y aun casi todo el

pan que se gastava; a quien devía dineros que les pidió prestados, a que no podían huir el rostro, obligados de la buena acogida en un aposentillo que para el efecto tenía, que les costava mucho más caro que si le alquilaran. A éstos devía la hambrienta esposa más que a sus padres, porque, si aquéllos la sacaron a luz, estotros la tenían en ella. Fuéronse, cansados de sustentar una casa como si fueran casados, y Gil tras ellos.

La huérfana María consolava sus necessitadas tripas, prometiéndolas mejor tiempo, exortándolas a que llevassen lo mejor que pudiessen vida tan parecida a la muerte, diziéndolas que ¿quién más que ella quisiera tenerlas contentas y alegres y a quién le estava mejor?

—Tripas mías —saltándosele las lágrimas dezía—, ya yo veo que fuysteys desgraciadas entre todas las tripas y que ningunas tienen más razón de quejarse en aver caído en cuerpo que, si os tiene llenas, es de ayre. Mas consolaos, tripas de mis ojos, que tiempo tras tiempo viene y yo os asseguro grandes ventajas, y, porque conozcáys las veras con que desseo vuestro aumento, comeos este razimito de uvas que en la manga tengo.

Metióle todo en la boca y, tirando del palillo, dexó en ella los granos, tan ocupada con ellos que avía levantado los carrillos. Gonçalo tenía un hierreçuelo con que abría la puerta sin llamar, porque estuviessen siempre con cuydado, con el qual dava sobre ellos quando más seguros estaban; mas esta vez antes que entrasse en la sala le sintió y, descolgando un cruzifixo que de una cinta estava pendiente en un clavo, se le puso entre las manos, buelto el rostro a la pared como que estava rezando, hasta que las echó abajo, con lo qual dissimuló el no hablarle: que, a conocerla el juego, la abriera a açotes, como muchas vezes hizo sin qué ni para qué, cosa que a toda la gente de casa espantava, mas no a mí, porque, si esta muger hazía penitencia, era cierto que con los ayunos avían de andar las diciplinas.

Quédese esto en este estado y lleguemos hasta en casa de un médico, hermano de Gonçalo, que nació como sueño, tomando de muchas cosas un poquito, porque así como el que sueña de muchas nada haze un algo, así el médico de padre miserable, de abuelo liberal, de un tío que fue un santo, salió más tratable tomando de cada uno un poquito; salvo que era astrólogo y dava en que no se avía de casar, porque hizo un juyzio de su nacimiento y supo las cosas que le avían de suceder, y una dellas era que sería su muger fácil, de cuyo engaño salió muy a su costa.

Passó assí, que cierta dama vino a él para que por su arte la supiese quien la hurtó una sortija de un diamante. Hízolo. Salióle tan bien que fue hallado el ladrón en la parte que dixo: pusiéronle en la cárcel y diéronle dozientos açotes de contado, aunque después le quitaron las galeras a que también fue sentenciado. Salió della y, en el tiempo que le dieron para poner bien sus cosas para cumplir el destierro que en lugar dellas entró, dio una muy gentil cuchillada al médico. Otro hermano frayle que éstos tenían, que desseava verlo casado, le dixo:

—Hermano, ¿quándo hizo juyzio de lo que en el discurso de su vida le avía de suceder, halló que le avían de dar essa cuchillada?

Respondióle:

—No hallé tal.

—Pues, ríome de todo lo que sabe, porque no vale un quarto. De ayé conocerá cómo es mentira lo demás y verdad que será muy bien casado.

—¡Ea, ea, disponga de su persona! —él dixo (miren las cosas malas que trae consigo una cuchillada), y determinó hazer lo que se le pedía, porque no muy lexos de su casa avía una botica donde él receptava, cuyo boticario tenía una hija más que bonita y muy bien inclinada, a quien el doctor echó el ojo, con quien se huviera casado si el miedo de la facilidad se lo huviera permitido.

Tratóse el negocio por mano del frayle y hízose. De que Gonçalo estuvo disgustadíssimo, porque, muriendo sin hijos, tenía por sin duda ser los suyos sus herederos, mas, como no aya bien sin daño ageno y al contrario, si Gonçalo quedó disgustado, a la muger y a los hijos les estuvo bien, porque los vistió a todos de pies a cabeça. Con lo qual se hallaron en la boda, de donde se traxo, sin que lo supiese, para comer un mes. Bultos a casa, los despojó de los vestidos y los guardó como si él los huviera dado, sin ser bastantes los dos hermanos a que se los bolviesse: de que la madrastra pensó morir, particularmente viéndose en boca de invierno, y de invierno que amenazava gran frío. Tuvo entonces que consolar, demás de a las vazías tripas, al desabrigado cuerpo.

¿Qué diré de mis vezinas que también fueron combidadas? Diré que por baylar la una no se sentó, mas que, aunque la otra hizo platos, murmurando digo para dentro y fuera del lugar para amigas y enemigas,

no por esso dexó de comer al passo que habló ella y bayló la otra. Passaron algunos días, en los quales el rezién casado conoció la facilidad de su muger y cómo en aquello, aun acertando, erró, porque, si fue fácil, consistió su facilidad en que por qualquier cosa a gusto o a disgusto suyo llorava.

Llamó a su hermano el frayle, a quien dio parte de la facilidad de su esposa, diziéndole cómo se avía casado con un Jeremías. Conoció el frayle quán bueno era su hermano, pues tan buena muger le avía dado Dios, prometióle curársela en breves días, para lo qual la llevó en casa de mi vezina la que baylava, de donde vino riéndose si fue llorando, porque el bayle de la una y el hablar de la otra la desvanecieron la cabeça. De manera fue que, para preguntar a su marido dónde yva, era tan grande la risa que no podía acabar de dezirlo. Passó tan adelante el negocio que conoció el dotor avérsele secado el cerebro, y, aunque se le aplicaron medicinas, no tuvieron buen efecto, de suerte que, al cabo de algunos meses, murió la frenética.

Bueno era el marido, pues gozó de muger cuyo defecto fue sólo llorar, y quando pudo venir, para no ser como hasta allí, vino riendo, y, para poner el negocio en mejor estado, confirmó después este bien con bolvérselo el juyzio y de allí morirse. En lo qual anduvo mejor que hasta entonces, pues, desde que se casó hasta que esto fue, no passaron seys meses: de lo qual todo se conocerá su bondad, pues aquello que a otras da vida se la quitó a ella. No era cosa que avía usado, que de comer carnero o gallina lo necessario ¿quién ha muerto? Nadie. Y si comiesse alguno solimán ¿moriría? Sí, señor. Luego buena muger, pues fue para ella solimán lo que para otras jacintos, buenos fueron los boticarios, pues criaron bien su hija, y buena fue la muerte, pues se llevó buena a quien quiçá viviendo pudiera mala.

Él bolvió la dote y se hizo clérigo, confessándose por uno de los mejores casados del mundo. Día pareció su casamiento de por el mes de deziembre, pues, desde amanecer hasta ser de noche, apenas vemos el medio. Acabada muger se dize para significar gran hermosura, mas yo considero la muger linda porque es honesta y agradable, y acabada porque se murió para no dexar de serlo.

A todas estas cosas la sin ventura María consolava una y muchas vezes a quien no podía remediar, bolviendo a hazerlas nuevos ofrecimientos si su avara suerte lograsse sus esperanças; era no madrastra sino madre de

sus andados, queríalos bien y sentía sus trabajos, porque quando muchos padecen un mismo mal, no ay ninguno soberbio ni embidioso. ¡Libre nos Dios de que la fortuna se señale en hazer bien a alguno, que allí es ello! Si hasta entonces era christiano viejo, de allí adelante es judío y hubo quien le viesse su sanbenito; si era agradable y bien acondicionado, luego es enfadoso y sobervio, sin más razón para ello que la que Tácito da, que dize: Tenemos los mortales una inclinación heredada de naturaleza que nos enseña a mirar con ojos embidiosos a quien antes estava en lugar baxo.

No estava aún entonces lleno el número de los tormentos de la ayunada señora, que aún le faltava el mayor dellos. Passó así que, como Gonçalo guardasse todas las cosas que por la calle hallava y para ello llevasse una servilleta en la cinta, alçó, que non deviera, un peyne que le llenó de tiña barba y cabeça. Éste causó la muerte a María, porque, no saliendo de casa, la pudrió más y más que lo acostumbrado: y tanto la pudrió y tanto la mató de hambre, dándola, en lugar de comida, con que paladeasse las tripas, y tan desnuda la traxo, que, saliendo al patio de la casa, se quedó, si no entonces muerta, de tal manera para ello que dentro de quatro días la enterramos.

Razón fuera que la misma muerte, si no con los mismos accidentes, se llevara después de algunos infortunios este Caýn que de hambre mató al inocente Abel. Hízolo y, para tan gran fiesta, celebró primero estas vísperas, empeçándolas, Gil, que ya sabía donde estava la puerta de la calle. ¡Dios nos defienda que una vez se empiece cosa que buena no sea, particularmente en muchachos y incitados de la necessidad de comer y demasía de castigo, que ella echará raýzes! Él se fue la primera vez por comer, y reincidió la segunda, no para hazer casas ni comprar heredades, sino para el mismo efecto.

Acordóse como, de averse puesto tan en público, le vino el daño de hallarle con brevedad. Llegóse hasta en casa de un cavallero, Grande de España, y, como en semejantes casas aunque muchos vengán todos son admitidos porque no les dan salario y no les falta de comer, recibió el cozinero el nuevo oficial, que ya avía trocado el nombre de Gil en Sebastianillo. Fueles bien a los dos: a él, porque comió, y a su amo, porque, por gozar de lo que tanto necessitava, lo halló oficial quando apenas pudiera ser razonable aprendiz.

Luego que los demás hermanos conocieron quán a la larga yva su mal,

cada uno tomó las de Villadiego, que una muger en una casa, sea qual fuere, mientras no es fácil de su persona, de mucho momento es: a su sombra se acierta todo y en lo que ellas ponen la mano parece tiene diferente sabor. Conoce al fin esto el que más suelto vive y el que más atado está a sus terribilidades.

Hallóse Gonçalo solo, triste, enfermo, lleno de tiña, con necesidad de curarse y sin tener a quien bolver los ojos, por cuya causa pidió a uno de los vezinos de casa que, de qualquier madre de moças, le embiasse una o vieja o moça. Hízolo así, aunque sabía no aver de durar con él por su miseria. Embióle una a medio andar en los años, no mal encarada ni con desaliños, de quien se pudiera temer se bolviera visto el talle y la cara de Gonçalo; mas, hallando lo que días atrás buscava, para lo qual hazía exercicios en la casa de donde fue embiada, aviendo venido de la pública de Toledo y teniendo aquí casi el mismo exercicio en una piedra del río, donde a menudo yva a labar mientras sanava de cierta enfermedad anexa a mugeres de su vivir, que la yva a la mano por no dexarla mandar bien los pies, aceptó la casa y, sirviendo algunos días diligentíssimamente le fue cevando: demás de que, le traxo una muger que le puso unos pegotes.

Estrema medicina a la enfermedad de Gonçalo, el qual estava con ellos y con la ropa donoso, a quien la dañada Medea yva traçando un juego que se le acordasse. Y salió con ello, pues le dio palabra de ser su marido delante del Christo que dissimuló las uvas de la difunta, diziéndole que no por averla hallado en casa de la madre de las moças creyesse della cosa que no fuesse de muy muger honrada, que escriviesse a Arévalo, de donde era natural, y conocería de la respuesta quien fuesse, que la avían traído a la Corte la muerte de sus padres y la áspera condición y mucha miseria de un tío suyo.

Creyólo él, porque, acordándose de lo que con sus mugeres y hijos cerca della avía passado, se persuadió a que sería verdad. Y, pidiéndole licencia para yr a la iglesia a confessarse si pudiesse y dándosela él, se fue con las mismas lágrimas en casa de un alcalde, a quien se querelló, ofreciéndole bastante información. Depositáronla con esto y fueron por él, y, como no pudiesse venir por estar tan cargado de tiña, le dieron la casa por cárcel, preguntándole al tenor de la querellante; el qual confessó todo lo que passava y como la dio palabra delante de un Christo que a la cabecera de la cama tenía y que él era christiano y se la avía de cumplir, atento lo qual, no avía para que gastar tiempo que él se quería casar.

¡Tanto puede una miseria como esto, que, por no gastar, haze se case este pobre hombre, y tanto puede la ociosidad el ponerse en la ocasión, cosa que tan mal se huye!

En el tiempo que passó mientras se hizieron las municiones, le tuvo para acabarse de curar, de manera que, quando vino a poder de su marido, ya vino buena: y quando no lo estuviera, dissimulara su falta con la sobra del esposo, porque le halló con la enfermedad della, y tal que no le permitía se mudasse de un lado. De manera que ya nuestro Gonçalo tenía, para principio de paga de las inocentes difuntas, cabeça y barba con tiña, dos postemas y, lo peor, una muger de la calidad que he dicho.

Dexémosle, pues, aquí y vámonos a Sebastianillo. Y hallarle hemos page de cámara y muy privado de su amo, porque, como huviesse determinado yrse con sus vassallos y allí tuviesse tiempo sobrado para hablar con los criados de casa, aun hasta con los pícaros de cocina, y el cozinero le huviesse dado parte de la buena inclinación de su oficial, mandando se le subiesen arriba, le preguntó quién eran sus padres y la razón por qué se aplicó a cosa tan baxa. Él le respondió a todo, diziéndole lo que passava y cómo la importuna necessidad le forçó a ello, y que no se espantasse su excelencia se rindiesse un pobre muchacho, pues una ciudad se rendía por hambre.

Parecióle suficiente disculpa, y, conociendo dél ser hijo de padres honrados, aviéndole informado el cozinero de su mucha virtud (que esto de aver tenido buenos principios con no mal natural importa mucho, porque si tal vez se divierte su dueño, raras le haze consumadamente malo), le hizo su page, y, de allí a poco, de la cámara, y luego empeçó a privar con él, de manera que no se hazía en casa cosa que por su mano no passasse; que no es malo mudarse la persona tal vez, quando en lo que entre manos tiene le va muy mal.

Sucedido ha a más de un tahir levantarse de la mesa donde está jugando, cansado de que le diga tan mal, y salirse a la calle y dezirle bien quando buelve. Bien es verdad que yo he visto pasearse un rato un hombre que estava perdiendo para ver si aquella mala suerte se acabaría, y bolver al juego y alçar veynte pintas contra sí: todo lo tiene el naype y en la fortuna está encerrado lo uno y lo otro. Bueno fue el natural de Sebastianillo pero mucho le importó aportar en buena casa, de manera que fue acierto nacido de yerro. Tanto caudal halló su amo en él y tanta noticia tuvo de

letras humanas y tan bien sabía latín, que le fiava lo íntimo de su pecho.

¡O, qué bueno es saber! Pregunto yo: ¿si don Sebastián (que assí se llamava ya) saliera de en casa de su padre sin más que con su rota persona, viniera, aunque muy noble sangre le acompañara, al estado que al presente tiene? No por cierto. Luego, ¡saber!, créanme los padres; y, aunque trabajen en ello muchíssimo, hagan científicos sus hijos, que el que dixo «más vale saber que aver» bien dixo, porque lo uno se suele acabar con el tiempo y lo otro con el mismo se perficiona.

Bolvamos agora a Gonçalo y a Ysabel de la Puebla su muger, que en otro tiempo se llamó la Raposa por lo mucho que del arte entendió. Hallarle hemos aún en peor estado del que le dexamos y a ella hecha ama de hospital, porque, si le puso en aquellos términos, vino a curarle, a cuya obligación avía de acudir de veras si hubiera sido mala de burlas, no tan de pensado digo: mas raras vezes, como dize Tácito, el ánimo corrompido por liviandades aprovecha para más que para aquello en que tantas vezes se ha ensayado.

Gonçalo metió en casa una muger tan valiente que contrastó una hambre no aprovechándole su miseria, porque era de las de «ha de ser lo que yo quisiere y no más». ¡Dios nos libre de la yra de una muger y más de ira de muger como ésta! Passó solía, Gonçalo; trocáronse las suertes. ¿Acabásteys las humildes? Cayóos en suerte la misma soberbia. No tuvo valor con vos la honestidad y caysteys en un poço de descaramientos. ¿No conocisteys las muchas mercedes que Dios os hizo? Conoceréys su castigo. Poco os aprovecha atar los gatos ni galopear el tozino, que la nueva muger sabe como degeneréys de lo que soys. ¿Açotávades sin qué ni para qué a la sufridíssima difunta? Pues, ved agora que, si no soys açotado, os tratan de suerte que excede a ello. Por cierto justo castigo, digno de las demasías passadas. Sin duda vuestras mugeres os han citado. ¿Qué es de vuestros hijos? ¿Cómo no han parecido ni vos los avéys buscado? ¿Ésse era el cuydado que con ellos teníades y los buenos documentos que les dávades? ¡Ved quál estáys! La tiña, no obedeciendo la censura de los pegotes, va en aumento; de los dos lados que tan mal heridos tenéys, el uno ha empeçado a criar cáncer. Pues, poned los ojos en vuestra muger: el día que peor os sentís, ésse sale con mayores galas. ¿No os acordáys de la ropa con que a la passada traxistes ceñida? Acometelde con ella a la que presente tenéys. Duero, peña y peñas por muchas partes os cercan.

Estando en este tan miserable estado, entró don Sebastián, que antiguamente era Gilillo, muy galán, con dos criados, que avía muy pocos días que con su amo bolvió de asiento a la Corte, en los quales se informó del estado de su casa. Supo la desventura de su padre y cómo los demás hermanos también se avían ydo. Bien quisiera, en lugar de darle la mano que para besarle pidió, echarse a sus pies, mas él con el tan debido respecto se la besó y fue luego a su madrastra mostrando querer hazer lo propio, aunque ella no lo consintió antes, en lugar de dársela, le dio por los ojos el corazón.

Tuvo lugar Gonçalo de llorar con él sus desventuras, y no avía para que exagerarlas, pues el estado en que le tenían podían ser suficientes testigos, mas no le dixo del baxo lugar de la casa de madre de moças donde su muger avía estado, aunque él lo supo, antes le consoló, con las más vivas razones que pudo, contándole, para divertirle de las tristezas y enfado de tan pesados males, la mucha merced que su amo le hazía y cómo esperaba en Dios verle con mucha salud y contento, y verse en el estado que fuesse amparo de sus hermanos, que no avía mejor traça, para que viniessen, que saber podía hazer algo por ellos.

Con esto se despidió por no hazer falta a su amo. La madrastra le avía acechado todo el tiempo que con su padre estuvo. Quando le vio salir fue a él y le dixo que le esperaba en cierta parte, porque tenía mucho que hablarle. Aceptó él, creyendo ser cosa tocante a las de su padre, y señaló el lugar. El padre quedó llorando de contento y la madre de amor.

Comieron sin bonetes ni ropas ceñidas, sin la avaricia que en tiempos atrás se acostumbró; y, aunque él tenía en el alma el carácter de la miseria, no se atrevía a usar della más de en las cosas que a su persona tocavan. El dinero era mucho y dentro de casa, la señora ancha de conciencia y muy pródiga, de manera que, lo que en él faltava sobrava en ella. Y aunque el cofre era de hierro y las llaves hechas con gran arte, para todo tuvo industria, y, quando le faltara, era muger que a coces hiziera se le diesse lo que ella pidiera.

Levantada que fue la mesa, hizo llamar un escudero y se fue diziendo quería empear una novena por su salud. No se devieron nada en esto los dos, porque, si fingido lo dixo ella, fingido lo entendió él. Caminó a donde su hijastro y su amado la esperaba, a quien habló con la desemboltura que della se puede entender, diziéndole cómo la avía parecido bien y que avía

de ser suyo a pesar de todo el mundo.

No quiso disgustarla don Sebastián con lo que otro, que tan cuerdo no fuera, pudiera responder: «Pues, señora, ¿estáys en vuestro juyzio? ¿Al hijo de vuestro marido requestáys? Bolved, bolved en vuestro acuerdo.» No la dixo tal, antes, respondiéndola con la misma desemboltura, la dixo como, por una grave enfermedad de que Dios le dexó con vida, le hizo promessa de no ofenderle carnalmente en un año, que, passado aquél, trataría de su gusto. Ni ella quisiera que lo prometido pusiesse por execución, ni hiziera menos que yrse con ella, tan lascivo fue el amor que, desde que vino a su presencia, engendró en su pecho; mas, como por quien mucho se ama mucho se ha de conceder, se conformó con su voluntad, pidiéndole fuesse en casa de su padre muy a menudo, que con esso por entonces quedaría contenta. Con este mal cessó otro de cierto bellaconazo con quien estava enredada.

Prosiguiendo, pues, Ysabel en sus amores y él en el voto que fingió aver hecho, tanto lo quería que no excedió un minuto de su gusto, dándole todo el dinero que hurtava del cofre de hierro, el qual él guardava sin tocarle. Hazía en esto dos cosas: la una, tenía enfrenada a aquella lasciva muger, y la otra, guardar su hazienda, escusándola con aquello de que no la diesse a otro.

Parece ser que, de los hermanos que se ausentaron, uno dellos se inclinó a las armas, y como hallasse caudal en él el capitán, le hizo oficial en la compañía que en cierto puerto estava. Luego que se vio tan galán y con plumas, quiso dar una pavonada por su tierra, informándose primero de las cosas de su casa. No faltó un amigo que le satisficiesse este desseo, porque le dio parte de todo lo que en ella passava. El nuevo soldado perdía unas vezes la color y otras, resuelto a la vengança, le cobrava. Informóle juntamente de las liviandades de su madrastra y de quán públicas eran, no en la calle, que no es poco en la Corte, mas aun en todo el lugar, y cómo la noche que no estava a la puerta della concertando nuevas ofensas para otro día, estava su criada, y que era una grandíssima alcahueta.

Aquí fue donde halló el soldado lo que por trabajo de ingenio pudiera descubrir, porque, estando a la puerta tan a menudo, podía llegar una noche y poner por execución su intento. No se descuydó, antes, para desmentir lo que después dél su mismo amigo pudiera sospechar, se despidió, diciendo no estava bien en parte donde tan grande desventura le

sucedió a su padre, que se quería volver a su compañía. Con esto, estuvo escondido unos quantos días hasta que una noche se determinó yr, muy galán y con muchas plumas aunque emboçado, a la casa que él bien sabía a preguntar por la señora doña Ysabel, pidiendo a una muger que a la puerta estava se la llamasse.

Ésta era la criada, que hablava con don Sebastián, pidiéndole no se fuesse sin hablar a su señora. Ella respondió ser quien buscava, que es muy de semejante gente tener los negocios de sus amas por propios; demás de que, entendió ser algún galán que avía concertado por allá, y no le causó novedad preguntassen a tal hora, aunque se espantó de que huviesse dicho verdad en la casa. Para que don Sebastián no se enojasse de que, estando con él, hiziesse cara a otro, le apartó y le dixo cómo aquel mancebo era cosa suya, que tuviesse por bien le hablasse.

El soldado no venía para muchas largas: bolvió segunda vez a preguntarla si era ella la señora doña Ysabel. Respondió que sí. Puso mano al acero y diola una muy gentil estocada.

Cayó en el suelo diziendo:

—¡Ay, que me ha muerto el bellaco de hulano!

—(el nombre del rufián que pocos días atrás su señora avía dado de mano).

Creyólo así según le vio de enojado por ello, atribuyendo la causa a su mal tercio. Una muchacha, que estava detrás desta buena lança haciendo los exercicios para entrar en licencias, dixo que le conoció muy bien y que era el mismo que la criada dixo.

Viendo don Sebastián el atrevimiento que delante dél se avía usado, puso mano al suyo y corrió tras el homicida. El rufián, que estava a la esquina, viéndolos venir el uno tras el otro, no sabiendo lo que avía acontecido, sacó la hoja y quiso ponerse en medio.

Valiérale más no la desnudara, porque, a los muchos gritos de las vezinas, llegó la justicia y, viendo la muger en el suelo y llena de sangre, informándole de que por la calle abaxo yva y no poder aún llegar al esquina, corrieron a buscarle. Hallaron el pobre del rufián desembaynada la espada. Todos dixeron:

—¡Éste es!

Él respondió lo que avía pasado. Lleváronle a la casa, donde la criada herida y la pupila que con ella estava dixeron ser él. Pues, por el alguazil y escrivano no se perdió la buena obra, que sangre le hallaron en ella sin averla tenido desde la primera que en la cinta se puso. Lleváronle a la cárcel, donde lo pusieron en un calabozo.

No pasó muchas horas que no le diessen tormento, porque el caso y los indicios lo pidieron así, a que ayudó mucho la mala opinión, el aver estado muchas vezes preso y traerle entre ojos la justicia: y como este género de valientes sean como los nublados en año que viene torzido, que todo es demostraciones y nunca llueve, confessó. Tuviéronle unos días sin sentenciarle, hasta que la herida murió y ahorcáronle después.

Quando los dos hermanos fueron corriendo el uno tras el otro, parece ser que un demandador que venía pidiendo, como es costumbre, de noche, se puso en medio dellos para que no riñessen. Con la luz de la linterna se conocieron, abraçáronse y tomaron el camino de en casa del amo de don Sebastián, en cuya casa se dio parte el uno al otro de todo lo sucedido. Allí supo el soldado cómo quedava vivo el enemigo y sin herida, como avía dado a la criada por dar a la ama.

Doña Ysabel, que con la muerte de la criada estava algo compungida, acabó de abrir los ojos, considerando como si a la puerta estuviera, como era tan ordinario, fuera ella la difunta y en quan mal estado la cogía: determinó con todas veras apartar de sí la nueva voluntad y ser otra de lo que hasta entonces.

Por manera que, desta muerte, nació nueva vida en doña Ysabel y quedaron castigados unos y premiados otros: castigada la criada, que pudiera averse contentado con veynte años que avia usava la negociación, que, a no estar ella a la puerta, no estuviera fuera del mundo; castigado el rufián, que también se los pudiera aver abierto la poca medra y muchos trabajos de otros tantos que anduvo en el trato, y no estar atalayando la casa de donde le avían echado, y tampoco le sucediera mal premiado don Sebastián, que, tanto por su mucha virtud y prudencia quanto por sus traças, entretenía su madrastra, escusándole de buscar las nuevas pasado el año en que avía de guardar el voto.

Gonçalo fue servido de su esposa unos días con la mayor diligencia y entrañable amor del mundo. Mas duróle poco, porque los males le apretaban demasiado, y tanto, que se le arrimó una calenturilla que le yva secando, con la mayor gana de comer que hombre ha tenido; mas, quando llegava la vianda a la boca, no la podía passar, aunque ponía de su parte toda diligencia tal sabor tenía en ella, de manera que si oy tragava un poquito para no morirse, mañana era menos.

Bien quisiera él comer, mas no podía: ¡justo castigo que muera de hambre el que a dos mugeres mató con ella! Compravan los capones de leche, las perdices, las pollas; pedíanle que comiesse, que se perdía, y que para ello se hiziesse fuerça. Respondía:

—No puedo.

—Pues, ¿qué se ha de hazer desto?

—Echarlo por la ventana abaxo.

Pues, Gonçalo, ¿essa es respuesta de un hombre tan miserable? Por una hastilla saliérades vos a ella ¿y dezís que arrojen un capón que costó un escudo? Al fin, señor, vos soys castigado y medido con la medida que medistes a otros.

Ya les pareció a todos que no podía vivir quinze días. Hiziéronle hazer testamento.

Quando don Sebastián supo en los términos que su padre andava, fue a él con su hermano el soldado y le dixo cómo avía vivido muy engañado cerca de las cosas que de su madrastra avía presumido, y que, para que entendiesse la verdad del negocio, le dava dos mil escudos, que era el dinero que le faltava, porque, sabiendo que sus hermanos estaban ausentes y que él avía de llevar adelante el andar galán porque el oficio de camarero en casa de un príncipe lo requería, hurtó, así para lo uno como para lo otro, el dinero que él le restituía, y que por su causa estava su hermano en Madrid. A lo qual, si Gonçalo no se persuadió, fue por lo menos suficiente su hijo para hazer la dexasse parte del quinto de sus bienes con que pudiesse vivir honestamente, como lo hizo.

Puestas las cosas en este estado, murió, quedando todos con su muerte acomodados, porque el lechón y el avariento tienen essa propiedad, que

en vida no sirven de nada y causan con su muerte mucha utilidad. ¿Quién no ha conocido el enfado deste animal gruñiendo y ensuciando todo el lugar? Pues, en muriendo llena toda la casa el que antes era enfado en ella.

Cada uno llevó a la suya su herencia y don Sebastián mejorada, que, aunque no avía menester dineros, no vienen nunca a mal tiempo, porque, si ay necesidad, se remedia con ellos, si no la ay, perseverase en que no la aya.

